
Jorge von Ziegler

Para leer la Crítica Mexicana

La literatura mexicana ha sido materia de interpretación histórica y crítica desde mediados del siglo XVIII. Desde entonces, esa interpretación –preceptiva, teoría, crítica– la ha nutrido, reflejado y encauzado con mayor o menor fuerza, y ha sido origen, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, de un *corpus* considerable que hoy vemos como parte también de la literatura mexicana. Pero ese *corpus*, llamado con largueza crítica literaria mexicana, no ha tenido su historia y su crítica sino en polémicas equívocas, mayores o menores, y en rarísimos textos que elucidan sus problemas y acopian noticias esenciales. Continuamente se deplora el desconocimiento de la literatura de México; casi nunca el de la crítica, a la que se acusa, no siempre con razón, del primero.

La crítica y la historia de la crítica mexicana enfrentan en principio el difícil deslinde de su terreno. Crítica mexicana: ¿crítica hecha por mexicanos, de obras mexicanas o de otras literaturas, o crítica de la literatura mexicana, hecha por mexicanos y extranjeros? Más aún. Crítica literaria: ¿el conjunto de los escritos sobre literatura o sólo una parte de ellos, la que atañe al juicio y el estudio de obras particulares? La crítica literaria –espejo de la literatura– suele ser equiparada a la literatura –espejo de la realidad, del mundo–, como si se tratara de dos reinos, uno ante el otro, del quehacer verbal. Si la novela, el cuento, el poema, son géneros de la literatura, los géneros de la crítica, se piensa, son el ensayo, el estudio, el artículo, la reseña. Cuando se entiende a la crítica como un ejercicio también literario –tendencia moderna–, se habla entonces de novelistas, poetas y críticos –o ensayistas–, y la crítica se considera como un género literario. Crítica designa, en ambos casos, el dominio todo de ese lenguaje segundo –lenguaje sobre el lenguaje, literatura sobre la literatura–, sin importar la naturaleza de esa duplicación, de la que dependen no uno sino tres reinos: la teoría, la crítica y la historia literarias.

En cuanto a la mexicanidad de nuestra crítica, desde hace dos siglos la vemos enfrentada al trabajo asiduo, no pocas veces notable, de escritores extranjeros que se han alimentado de la literatura de México y la han alimentado con su reflexión. Si la crítica no tiene nacionalidad porque es producto de quien la hace tanto como de su objeto y su ámbito es el de las ideas que la conforman, esos escritores no han sido críticos mexicanos pero han hecho crítica mexicana. No quienes han visto a la literatura mexicana desde otras literaturas y otras lenguas o desde las universidades del extranjero, sino quienes

han participado en la producción de nuestras ideas y han escrito y publicado en México.

De otro modo, la crítica mexicana es la crítica de los escritores mexicanos, la suma de las ideas literarias que son el ámbito de la literatura mexicana. Es decir, la lectura que los escritores mexicanos hacen de la literatura mexicana y la manera como la confrontan leyendo otras literaturas. Crítica mexicana no es así crítica de lo mexicano tanto como crítica desde lo mexicano: la literatura mexicana y sus entrecruzamientos con otras literaturas.

Fernando Tola –a quien, por ejemplo, no podemos excluir de la literatura mexicana– advirtió estas disyuntivas cuando tituló a su antología de crítica *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*. Una antología de la “crítica literaria mexicana” hubiera podido contemplar los trabajos de Altamirano sobre Dickens y el romanticismo europeo o los de Gutiérrez Nájera sobre Shakespeare y Leconte de Lisle; hubiera discutido el lugar en las letras mexicanas del cubano José María de Heredia o del español José Gómez de la Cortina. Tola atendió a los textos centrados en la literatura mexicana porque le parecían de mayor importancia para la “historia literaria nacional” y concedió lugar destacado a los dos extranjeros como precursores e iniciadores de la crítica literaria en México. Además, distinguió entre historiografía, teoría y crítica literarias, para reunir sólo textos que pertenecieran con rigor a la última. La idea implícita en este procedimiento es estimar por separado, no obstante sus obligados entrecruzamientos, los desarrollos particulares que han tenido en México, como disciplinas de los estudios literarios, la teoría, la historia y la crítica de la literatura.

Alfonso Reyes, preocupado siempre por la exactitud de las ideas, notaba que la crítica suele aparecer confundida con disciplinas afines, a las que señala y distingue con vocación didáctica en *La crítica en la edad ateniense*: historia de la literatura (registro de hechos); teoría literaria (definición por esquema del fenómeno literario); filosofía estética (estudio de la belleza en abstracto); filosofía moral (estudio de los efectos de la belleza en el individuo); erudición textual (restauración de las obras en su integridad); comentario gramatical y lingüístico; enseñanza técnica (uso de las obras como modelos para ejercicios). “Todos entendemos hoy por crítica –esclarece– el examen, fundado en sensibilidad y conocimiento, que procura enriquecer el disfrute y la estimación de la obra literaria,

explicando y poniendo de relieve sus valores o justificando en su caso la censura."

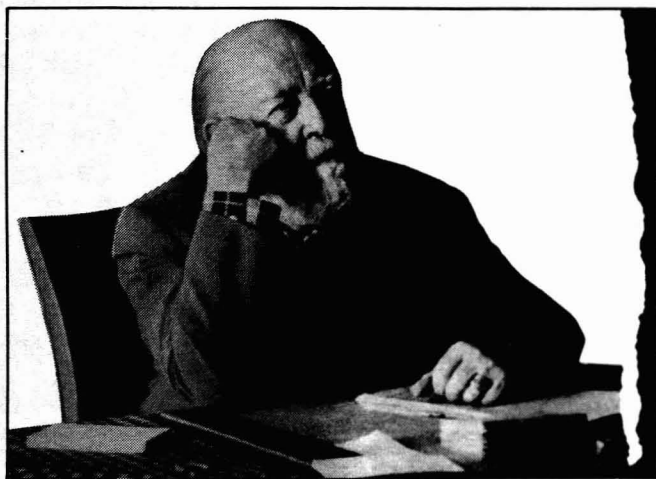
Cuando José Luis Martínez trazó el panorama de la "Historiografía de la literatura mexicana desde los orígenes hasta Francisco Pimentel", en *La expresión nacional*, hizo no una historia de la crítica sino una historia de la historia de la literatura mexicana. En "Tareas para la historia literaria de México", en cambio, incluyó en el concepto de historia literaria casi cualquier tipo de estudio literario, pero no sin clasificarlo. "...si no se contara con un consejo experimentado -nos parecería necesario, antes de emprender un estudio de literatura mexicana, navegar por un extenso, confuso y muchas veces inaccesible repertorio de textos críticos." Así, a los "estudios monográficos y propiamente de historia literaria", agrega los de zonas especiales de la literatura (asociaciones literarias, certámenes, periodismo literario), de zonas geográficas, de técnicas críticas especiales (métodos como el filológico, el histórico y el estilístico), de la historia de las ideas literarias, los "generacionales" y sociológicos y los de literatura comparada. Sitúa a la crítica, al conjunto de sus escuelas y sus métodos, en función de edificar la historia literaria de México. El objeto de este trabajo era señalarnos las vastas lagunas del conocimiento de la literatura mexicana, pero a partir de lo hecho para reducir las. Ni su tema ni el de "Historiografía de la literatura mexicana" fueron la crítica mexicana, pero ambos panoramas nos aproximan a una parte de ella: la crítica de la literatura mexicana. Falta la otra cara: la crítica mexicana de la literatura mundial, sin cuya consideración no se comprende su riqueza y su complejidad. No así cuando José Luis Martínez estudia la crítica de Altamirano, Sierra, Vigil, Gutiérrez Nájera o Salado Álvarez, y describe las distintas direcciones a que apunta, dentro y fuera de México.

Sin una concepción clara de su concepto, de las realidades que comprende en la historia cultural del país, hablar de la crítica en México ha sido en efecto "navegar por un extenso, confuso y muchas veces inaccesible repertorio de textos críticos". Navegar sin rumbo y sin razones. Falta aún el ensayo histórico y teórico que nos diga qué es y qué ha sido la crítica literaria en México, cuáles sus divergencias y convergencias en relación con la teoría y la historia literarias y, por último, cómo ha esclarecido la literatura mexicana y se ha sumado a ella. Un "deslinde", en continuidad de la mejor tradición de Reyes. Ya no es posible, sin recaer en el disparate o en los balbuceos de la palabrería, seguir acusando a los "críticos" de no hacer la historia literaria del país o a los historiadores de no hacer la crítica. Permitidos en la conversación informal, estos dislates no tienen lugar -lo han usurpado- en la historia de las ideas del país.

Antes de abordar la crítica mexicana, sus historiadores y críticos deben pues ordenar su "repertorio de textos críticos". Ordenamiento que propone la elaboración previa de una teoría crítica, que en México ha encontrado escaso o nulo desarrollo. Con ella, entrarán en discusión los problemas de los géneros o formas críticas -si los hay-, los tipos de crítica y sus particulares intereses y funciones, los métodos y las escuelas, la definición misma de la crítica, las propuestas para su orientación y porvenir en México. Se sabrá, cuando se lamenten los

vicios y las deficiencias de la crítica periodística o la especialización y el alejamiento de la literatura de la crítica académica, que se habla de una zona y no de toda la crítica mexicana. Es sabido, por ejemplo, que la crítica periodística ha sido entendida, bien como un indicador, bien como la única crítica del país, cuando se trata de juzgar el estado actual de la crítica literaria. Reducción de la que ha emanado la común condenación de la crítica mexicana, cuando no la negación, menos frecuente pero no menos boba, de su existencia.

Conociéndola, será posible advertir sus debilidades. No es lo mismo deplorar la falta de crítica que la falta de tradición crítica. Octavio Paz, cuyos ensayos justifican muchas veces tratar un tema porque los "críticos" -¿no es él uno de ellos, uno de



Alfonso Reyes

los mejores?- no lo hacen, en un artículo recogido en *Corriente alterna* distinguía entre críticos y crítica. La literatura hispanoamericana, decía, no carece de críticos pero sí de "un 'cuerpo de doctrina' o doctrinas, es decir, de ese mundo de ideas que, al desplegarse, crea un *espacio intelectual*: el ámbito de una obra, la resonancia que la prolonga o la contradice... La misión de la crítica, claro está, no es inventar obras sino ponerlas en relación." Misión, según el autor de *Cuadrivio*, no cumplida hasta el momento.

Como dice él de la literatura, digamos de la crítica: una crítica no es tanto la suma de las obras críticas como el sistema de sus relaciones. Hay críticos pero no crítica si esos críticos, en el curso del tiempo o el corte de la actualidad, no se leen, discuten y dialogan entre sí y si no hay alguien que ponga en relación sus obras. Ciertamente: la escasa conciencia del "repertorio de textos críticos" de nuestra literatura, aun entre los escritores, es evidencia del aislamiento en que, en mayor o menor proporción, se producen. Es verdad que el desarrollo de la literatura mexicana ha sido marcado por corrientes de ideas que han hecho crisis en polémicas célebres, que existe una "representación" o historia de esa literatura a partir de la cual se escriben las nuevas interpretaciones, pero la tradición crítica, como "cuerpo de doctrina" sobre la finalidad, los procedimientos y el pasado de la actividad crítica, es precaria. El diálogo entre los críticos ha sido por lo común efímero, ceñido a polémicas circunstanciales o a intercambios entre críticos contemporáneos.

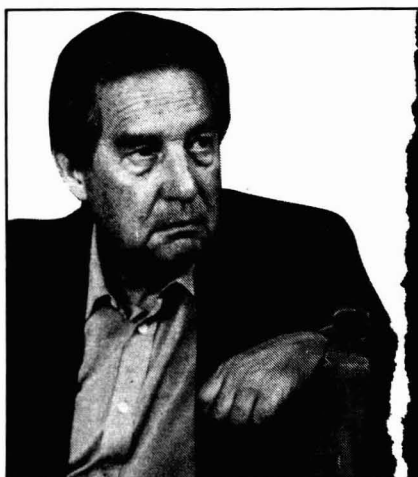
Este carácter cerrado de la crítica mexicana se manifiesta no sólo en la falta de una fuerte tradición, que advertimos cuando leemos obras particulares, sino también en su débil comunicación con la crítica extranjera. El siglo xx ha sido escenario de numerosas revoluciones críticas: formalismo, psicoanálisis, estilística, marxismo, *new criticism*, *nouvelle critique*, estructuralismo... Revoluciones, muchas veces, parejas de las literarias. Al margen de ellas, aunque no sin coincidir en temas fundamentales, críticos y escritores importantes han efectuado su propia revolución: Pound, Eliot, Valéry, Wilson. Si los fenómenos del siglo han sido la proliferación de escuelas, la reacción de unas estéticas contra otras y la revisión de la literatura bajo nuevas ideologías y teorías, la crítica hispanoameri-

escritor. Alarmado, pero no sin divertirse con este singular producto, Alatorre considera el peligro de olvidar la experiencia personal en la lectura, su placer y la comunicación verdadera con el libro.

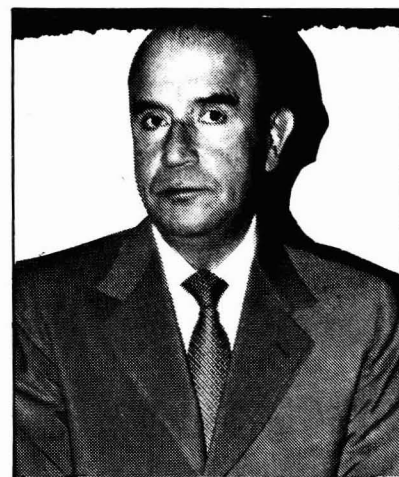
Cierto, pero con un énfasis de importancia: tales epidemias, como Paz las llama, gravitan sólo en la crítica académica. La crítica viva, la que circula y se entrelaza con la literatura, ha sido escrita en México, desde el siglo xix, no por profesores sino por periodistas, poetas, novelistas y dramaturgos. Los críticos "puros", como los designa Eliot, han escrito para los mismos lectores que los escritores, y su obra, cuando ha importado, se ha convertido en parte de la literatura mexicana. Más aún: en lo que publican los investigadores académicos es posi-



Manuel Gutiérrez Nájera



Octavio Paz



José Luis Martínez

cana ha sido ajena a estos cambios. No ha faltado el conocimiento de esas escuelas, particularmente en nuestras universidades, ni el culto a ciertas personalidades de la crítica extranjera. Sin embargo, el siglo xx no ha sido para México, por ejemplo, momento para encontradas formulaciones teóricas, para la invención de nuevas prácticas críticas o para la agitación de movimientos y tendencias. Además, la discusión de los que se han producido en el exterior forma parte de la enseñanza universitaria pero no de nuestra crítica, donde ha ocurrido de manera intermitente y aislada. Nos falta entonces una doble perspectiva: la de la crítica mexicana y la de la crítica extranjera.

Así, no deja de sorprender el que uno de los más repetidos reproches a la crítica de los años recientes sea el de su traslado servil de métodos y principios emanados de otras tradiciones culturales. En un trabajo de singular penetración, "Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica", Antonio Alatorre denunció los desvaríos en que, deslumbrada por la riqueza, la modernidad y la especialización de las escuelas críticas contemporáneas, puestas de moda por la abundancia de información y traducciones, ha caído "cierta crítica universitaria". Crítica reducida al empleo torturado de jergas, citas y metodologías mal aprendidas y peor aplicadas; crítica que, afanosa de situar a la literatura mexicana o hispanoamericana en las corrientes de la "literatura universal", no distingue su carácter ni los particulares problemas estéticos que propone su interpretación. Ininteligible, no dice nada al lector común y al

ble advertir el predominio de los trabajos de erudición, historicistas o positivistas, como en la producción crítica de los escritores el de las vías de aproximación personal, vinculadas al biografismo o a los testimonios que sirven de alimento a la historia literaria.

Si la mayor parte de las obras críticas producidas en México sigue siendo editada por las universidades y las instituciones de cultura —fenómeno que habla, por otro lado, de su pobre circulación, del lugar restringido y semioculto de la crítica mexicana—, esas obras no pertenecen, en su mayoría, a la "crítica universitaria". Ésta incide más en la enseñanza que en los libros, en los estudiantes de literatura que en los lectores. Para los tres o cuatro nuevos títulos que este género introduce humildemente en las librerías cada año, la alarma ha sido excesiva. Una y otra vez se habla de la crítica pseudocientífica, impersonal, extranjera y especializada que invade la literatura mexicana. Nada más irreal.

Alfonso Reyes probó que ser mexicanos no nos hace sordos a lo que se habla en el mundo y que ser escritores no nos exime del rigor y la reflexión. Su obra crítica incluye páginas de acabada imaginación, pero también encuentros continuos con la teoría literaria y la crítica extranjera de su tiempo. Entendió que teoría y crítica se fundan recíprocamente, que la literatura es incomprensible, críticamente, sin los fundamentos que han dejado siglos de tradición literaria. Al mismo tiempo, miró con interés cuanto agitaba el pensamiento crítico del presente. Así se explican sus contribuciones a la filología y



a la crítica estilística y su *Deslinde*, suma de la teoría literaria moderna. Su actitud nos incita a hacer a un lado proverbiales recelos frente al pensamiento abstracto y la negativa a dialogar con el extranjero, fundada en el miedo a ser inferiores.

Hacia 1950, José Luis Martínez hablaba también de la necesidad de incorporar a los estudios mexicanos disciplinas insólitas en nuestro medio, a las que vio como técnicas críticas más que como ideologías o creaciones ajenas, cuyo empleo hubiera desnaturalizado la literatura nacional. Al contrario: advirtió en ellas los numerosos servicios que podía prestar a su conocimiento el trabajo metodológicamente fundado. El gran historiador de las letras mexicanas del siglo XIX señalaba además la urgencia de estimular la producción de los "instrumentos para el investigador": "las bibliografías, las hemerografías, los índices de los contenidos de revistas y periódicos, los repertorios biográficos, las antologías, las colecciones de textos y las ediciones críticas".

Ya entonces, hacía posible una respuesta a otro reproche uniforme a la crítica mexicana, situado en el extremo opuesto: la improvisación. En la edición de 1982 de *La expresión nacional* pudo advertir que ese *desideratum* había sido "felizmente cubierto y superado" en diversos aspectos.

En la crítica unos observan sus excesos; otros, sus carencias. Aquéllos se atribuyen con mayor frecuencia a la crítica académica; éstas, a la periodística. Es costumbre, sin embargo, obviar estos matices. Por eso me parece ejemplar la actitud de Martínez al revisar el estado de los estudios literarios. No habrá apreciación justa de materia tan dúctil y poco estimada si no se busca la trama de sus relaciones, su estructura y su forma: la posición de unas obras respecto a otras, de ciertos géneros y prácticas respecto a los demás. Y si ha de entenderse que la crítica literaria es sólo una parte de los estudios literarios, su carácter y su sustancia podrán ser comprendidos a la luz de su relación con el resto: la teoría, la historia, la enseñanza de la literatura.

Hoy, un corte de esta naturaleza manifiesta que la crítica literaria, entendida en el amplio sentido de "estudios literarios", no es en México menos viva que la literatura. Si la literatura mexicana produjo durante la última década, en promedio, 25 novelas y 35 volúmenes de cuento cada año, de acuerdo con las recientes bibliografías de Emmanuel Carballo, bajo el rubro "crítica literaria" aparecieron, también en promedio, no menos de 30 títulos anuales. El repaso más somero de esta bibliografía —estudios; recopilaciones de textos críticos, individuales y colectivas; teoría; historia; biografía; ediciones críticas; entrevistas; antologías; diccionarios— indica las principales tendencias de los estudios literarios, su vitalidad pero también su parcialidad. Revisión a la que debe agregarse la de la producción crítica que alimenta a revistas, periódicos y suplementos literarios.

Lejos del afán combativo o teórico que se le achaca, sobresale en la crítica mexicana su vocación pedagógica, que Carballo, sin duda uno de sus representantes más característicos y notables, postulaba en un artículo reciente. La tercera parte de los libros de crítica publicados en los últimos diez años no es en realidad crítica sino antesala de la crítica, el "instrumental" para el investigador: antologías, ediciones críticas, entre-



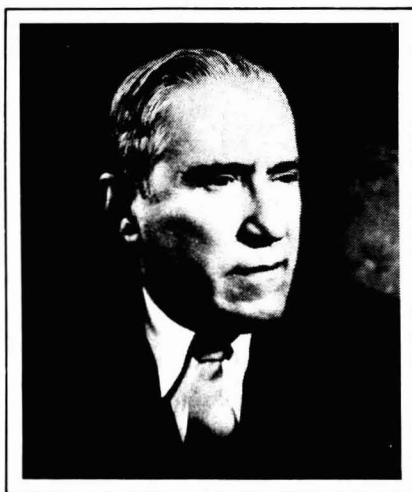
vistas, bibliografías y diccionarios. Antesala, sin embargo, para el lector, porque al crítico le exige el ejercicio del mayor rigor y la aplicación de criterios y valoraciones, fundamento y fin de la crítica.

Las ediciones críticas, cuando fijan los textos y resuelven problemas de fuentes y de interpretación, a través de notas, referencias bibliográficas y estudios preliminares, suponen y preparan a la vez el conocimiento exhaustivo de la obra. Las antologías, al seleccionar a los autores y a las obras más representativas de un género o un periodo y al situarlos en una cronología, apoyada en notas que destacan hechos esenciales, son a un tiempo crítica e historia de la literatura. Grandes zonas de la literatura mexicana han sido conocidas durante

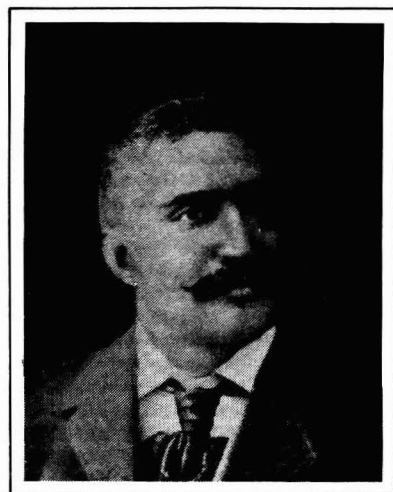
La voz de esa crítica debe ser buscada entonces en la suma de estudios y volúmenes de ensayos y artículos que cada año hacen su cuerpo. Los segundos son, en muchos casos, un puente que comunica a la crítica periodística con la crítica de ensayo y estudio. Cada cierto tiempo, escritores y periodistas reúnen en libros textos escritos para revistas o diarios; situados en otra dimensión del tiempo, esos textos componen una *visión* y ya no sólo una suma de apreciaciones o análisis aislados. En las recopilaciones de Octavio Paz, por ejemplo, buscamos un pensamiento, un panorama de la literatura, más que explicaciones o juicios sobre ciertas obras. Los estudios críticos, y el de Paz sobre Sor Juana es también un ejemplo, ponen en juego no sólo la visión del crítico sino también su rigor y su



Emmanuel Carballo



José Gorostiza



Victoriano Salado Álvarez

mucho tiempo, o lo siguen siendo, a través de antologías, que han sido nuestros manuales, fuentes de información e historias literarias. Su carácter crítico se revela cuando advertimos las presencias y las ausencias literarias en antologías hechas en épocas diferentes, testimonios de los vaivenes del gusto y de la apreciación de valores. Si las bibliografías y los diccionarios son herramientas en el sentido más puro, salvo cuando encierran juicios sobre su información, la entrevista induce revelaciones útiles sobre las obras, porque, si es crítico quien la hace, el escritor sólo confirma o completa lo que una lectura penetrante ya ha descubierto. Así la ha entendido Carballo, cuando afirma que "una de las tareas previas a la realización de una historia de la literatura mexicana" consiste en dialogar con sus protagonistas, los escritores.

Pero si estas "tareas" son inseparables del quehacer de la mente crítica, en ellas la crítica está al servicio del conocimiento. Y del conocimiento más esencial: el de las obras mismas de la literatura. El crítico dispone a la obra de cierta manera para hacer evidente su lugar en la historia literaria. El lector de una antología al mismo tiempo la conoce, la juzga y la pone en relación con otras. Más que para el investigador, instrumentos tales son útiles para el lector común. Los índices de revistas, las bibliografías, los diccionarios y las ediciones críticas que se publican en México son muy pocos ante el número de antologías. El hecho señala también el predominio de la función divulgadora sobre la especialización o la técnica en la crítica mexicana.

capacidad de colocar al autor estudiado como eje y centro del análisis y el juicio. Los que aparecen en México son el verdadero índice de los estilos y métodos de la crítica actual, no menos que de sus temas y preocupaciones.

Este cuerpo de crítica, cuya significación y riqueza están aún por ser estimadas, se nutre y prospera sin un desarrollo paralelo de la teoría y la historia literarias. Los ejemplos de Reyes y Paz, quienes siguiendo direcciones distintas construyeron la teoría literaria que orienta y afianza a toda crítica, no son ampliamente emulados, y sólo hasta ahora se emprenden nuevos esfuerzos en el terreno de la historia literaria del país. No pocos aspectos teóricos implícitos en los problemas de los estudios mexicanos —generaciones, periodos, géneros, lengua, carácter nacional, influencias y parentescos— apenas han sido formulados desde perspectivas modernas, y algo semejante es posible afirmar de la historia literaria, practicada hasta ahora desde fundamentos positivistas tradicionales o desde posturas subjetivas frente a los procesos históricos.

Ante estas ausencias, se abre el abanico de la crítica mexicana, pasada y presente. Dueña de una historia particular, la de la literatura en que ha sido pensada y escrita, permite y exige una lectura original, capaz de distinguir los elementos y las prácticas que han delineado, si no su carácter, sí los medios y el horizonte intelectual que la han hecho posible. Sólo la escritura de esa historia cifrará la naturaleza de sus alcances, sus omisiones y el valor de los libros que ha procurado a la literatura de México. ◇